

Bolivia y Venezuela, un análisis estructural de las limitaciones de los gobiernos posneoliberales.

Ricardo Gaytán Cortés.

Cita:

Ricardo Gaytán Cortés (2019). *Bolivia y Venezuela, un análisis estructural de las limitaciones de los gobiernos posneoliberales. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/358>

Bolivia y Venezuela, un análisis estructural de las limitaciones de los gobiernos posneoliberales

Ricardo Gaytán Cortés¹

A manera de introducción

A inicios de los dos mil América Latina experimentó el denominado “giro a la izquierda”, con la llegada de gobiernos en varios países de la región considerados progresistas o posneoliberales. Venezuela, Bolivia, Brasil, Argentina, Ecuador, y en menor medida, Chile y Uruguay fueron parte de ese proceso, de ellos los países considerados en su momento con los cambios más radicales respecto a su pasado inmediato fueron Bolivia y Venezuela (Alcántara, 2016; Petras, 2013; Sader, 2009). Hoy, dos décadas después de iniciado el ciclo, Venezuela se encuentra sumergida en una crisis económica, política y social de enormes proporciones, mientras que Bolivia es el único país que sigue dando continuidad al proyecto y ha logrado avances importantes en materia de inclusión y crecimiento económico (PNUD, 2015).

El objetivo de esta ponencia es presentar un recorrido acerca de las diferencias y similitudes en las trayectorias históricas en Bolivia y Venezuela respecto al Estado y la sociedad. Por ello, a partir de un análisis estructural de largo plazo, auxiliándonos de la sociología histórica, se revisaran las fracturas sociales y la manera en cómo se configuró la relación Estado-sociedad mediante la reconstrucción de las coaliciones dominantes, la importancia de centros de poder autónomos y los ingresos estatales cada país.

Para facilitar el análisis se identifican varias etapas de lo que Michael Mann (1997) denomina la forma estatal: el Estado oligárquico, con el que ambos países iniciaron el siglo XX; el Estado nacionalista-desarrollista, que en Bolivia se empezó a configurar con la Revolución Nacionalista de 1952 y en Venezuela difusamente a partir del trienio adeco de 1945-1948; en seguida el Estado neoliberal, que fue impuesto en Bolivia en 1985, con la firma del decreto 21060, y en Venezuela, nuevamente de manera difusa, puede datarse a partir del año 1989 con la carta de intención presentada ante el Fondo Monetario Internacional que comprometía al país a un severo programa de ajuste; finalmente el Estado

¹ Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, México, y profesor por asignatura de la misma Universidad.

posneoliberal, que en Bolivia puede fecharse con la llegada de Evo Morales a la presidencia en 2006 y en Venezuela con la llegada de Hugo Chávez 1999 al poder.

Las fracturas sociales

En primer lugar analizaremos las principales fracturas sociales presentes en Bolivia y Venezuela. Mientras que en el caso boliviano encontramos presentes a lo largo de su historia reciente las fracturas territorial, étnica y de clase, en el caso venezolano solo encontramos presente la fractura de clase.

En Bolivia después de su independencia y hasta bien entrado el siglo XX hubo una lucha por definir el centro del Estado, puesto en cuestión por los departamentos (Roca, 2009; Barragán, 2009a, 2009b; Albó, 2009; Mesa, 2012). En el siglo XIX nos recuerda José Luis Roca (2009: 77-78) la región dominante cambiaba, era una capital “itinerante y nómada”. Chuquisaca, que fuera sede de la Audiencia de Charcas durante la Colonia, no fue capaz de mantener el poder y como resultado el Legislativo se reunía en cuatro ciudades distintas, Sucre, La Paz, Oruro y Cochabamba, y el ejecutivo en dos, Sucre y La Paz. El conflicto se resolvió en 1899 a favor de La Paz, en lo que se conoce como la Guerra Federal, aunque formalmente Sucre seguiría conservando la dignidad de capital de la República y sería sede del Poder Judicial. Posteriormente hubo un realineamiento regional y el enfrentamiento, que adquiriría bastante importancia en la década de los dos mil, fue entre La Paz y Santa Cruz, Occidente y Oriente, capital política y centro económico del Estado, usando incluso la memoria larga para revivir las pretensiones de Sucre, capital del departamento de Chuquisaca, en su confrontación (Fornillo, 2010).

Los ingresos de los departamentos también reflejan esta fractura, toda vez que ocurre un proceso de diferenciación entre el tesoro central y los tesoros departamentales, relacionado con los hidrocarburos, pues se permite que el departamento en que se extraen estos se quede con un porcentaje de los impuestos antes de que el resto vaya a parar al centro para su distribución y gasto, lo que también facilita el fortalecimiento regional de los lugares donde se encuentran los yacimientos, que es especialmente el oriente boliviano (Mesa, 2012; Zuazo, 2012).

Pero también la identidad nacional está en juego y es objeto de disputa. La discusión sobre la nación boliviana y la larga memoria étnica de los pueblos originarios con su contraparte

el mestizaje y la homogeneización, se ve reflejada desde la Colonia en lo que se dio en llamar “las dos repúblicas” (Tristan Platt, cit. por Albó, 2009: 21). Como recuerda bien Silvia Rivera (2010, 73): “Hablar de luchas campesinas en Bolivia supone una necesaria aclaración. El término ‘campesino’ oficialmente adoptado en el país a partir de la revolución de 1952, suele enmascarar los contenidos que desarrollaron en su lucha las poblaciones rurales predominantemente indias (qhechwa, aymara, guaraní, etc.) durante el período republicano”.

La identidad de la nación se encontró en discusión nuevamente con el fracaso del Estado neoliberal y el ascenso de los movimientos sociales que respaldaron la elección de Evo Morales, primer presidente indígena del país, impulsándose una visión plurinacional que hace énfasis en la diversidad al interior de Bolivia.

Finalmente hay una tercera fractura presente en la sociedad boliviana, la relacionada con la clase social, que podemos ir rastreando a lo largo del siglo XX, desde la presencia de los terratenientes en el altiplano que desaparecerían con la Reforma Agraria de 1953, hasta la consolidación de una poderosa burguesía agroexportadora en Santa Cruz a finales del siglo pasado (Arce, 2002; Dunkerley, 2003; Plata, 2008; PNUD, 2004; Soruco, 2008).

Cuando las fracturas se hicieron presentes los actores se encontraban en pleno proceso de consolidación, con una base territorial y económica diferentes, el enfrentamiento duraría casi una década y concluyó con una tregua y concesiones de ambos lados. Las autonomías territoriales y departamentales y el carácter plurinacional del Estado, parecieron contentar a los protagonistas, se desactivaron los elementos más radicales de cada discurso, y se retomó la idea de normalidad y estabilidad (Viaña, 2011; Mayorga, 2011). El conflicto recayó en la construcción de la Nación, de quiénes son sus miembros, y bajo qué condiciones y cómo se distribuye el poder en su territorio.

En cuanto a Venezuela las fracturas sociales fueron diferentes, pues solo ubicamos la de clase.

Respecto a la fractura territorial, mientras que en Bolivia el centro mismo del Estado estuvo en cuestión, en Venezuela la región central, configurada en Caracas y sus alrededores, nunca estuvo en discusión. Resultado de la férrea y prolongada dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-1935) se creó la base de un Estado moderno, al unificar al país territorial y políticamente. La modernización de la hacienda pública, favorecida por los ingresos

petroleros, y del Ejército, permitió la desaparición de los caudillos regionales y la llegada del Estado a áreas territoriales que hasta ese momento habían permanecido fuera de su esfera de influencia (Rey, 1991). A partir de 1930 hay “un proceso más marcado de fortalecimiento del poder político y económico por parte del gobierno central y un debilitamiento de las autonomías regionales” (Kornblith y Maingon, 1985). Proceso que se acrecentó durante la dictadura militar.

El Situado Constitucional, establece los ingresos que corresponden a las regiones y, de acuerdo con Miriam Kornblith y Thais Maingon (1985: 57), desde tiempos de Gómez, cuando se suprimieron las rentas de los estados como ramos autónomos, “se constituyó en un instrumento de concentración del poder político y económico en el Gobierno Central por cuanto garantiza la supeditación de las regiones a éste”, y es un magnífico ejemplo del proceso de centralización. De esa manera las diversas constituciones que tuvo Venezuela durante la primer parte del siglo XX, favorecieron la discrecionalidad en el reparto presupuestal, pues una parte importante de los ingresos provenían del petróleo que era administrado centralmente.

Hay que recalcar la importancia del petróleo en la conformación del Estado y de la sociedad venezolana, no solo en materia de ingresos, sino como un ente configurador de la nación misma (Coronil, 2002). Su descubrimiento y el surgimiento de la industria petrolera marcaron indefectiblemente la historia del país. En un inicio permitieron dejar atrás la debilidad del Estado y, a su vez, han incidido profundamente en la sociedad venezolana a través de la distribución de los ingresos petroleros. Hay interpretaciones que hablan del proceso de construcción de una nación petrolera, tanto para los sectores capitalistas, en particular durante el periodo del modelo económico de industrialización por sustitución de importaciones, como para las clases populares (Coronil, 2002; Melcher, 1995; Rey, 1991; Kornblith y Maingon, 1985; Garnica, 1988; Gutman, 1982; Sonntag, 1982; Bitar y Troncoso, 1982; Pérez, 1999).

En cuanto a la fractura étnica, tampoco se encuentra presente en la misma dimensión que en Bolivia pues, si bien ha habido serios intentos de dotar de derechos a la población afrodescendiente e indígena, en realidad ésta no constituyó uno de los ejes de la caída del Estado heredero del puntofijismo. Por otra parte el relato de unidad nacional tuvo mayor éxito y se consolidó con anterioridad a las disputas del naciente siglo.

Lo anterior nos remite a la fractura de clase, la cual se encuentra muy presente en la sociedad venezolana. Y cuyos choques se pueden ver en el apoyo y la oposición a Chávez durante su mandato, en particular en las crisis de inicios del dos mil, pero también en los sectores más afectados por la crisis económica estructural que se arrastró desde los ochenta. El enfrentamiento inició en el año 2001, paros, huelgas, golpe de estado, solo el agotamiento detuvo a la oposición. Le dejaron la puerta abierta al presidente Chávez para que acelerara su visión y aprovechara la locomotora económica que representaron los precios altos del petróleo. Las propuestas fueron audaces, el socialismo del siglo XXI, el Estado comunal, las nacionalizaciones, la distribución, las Misiones, etcétera (Ellner, 2009, 2014; López, 2005, 2016a, 2016b; Ruiz, 2012).

Pero la caída de los ingresos petroleros y la crisis fiscal subsecuente, dieron nuevos ánimos a quienes se encontraban contra el proyecto chavista, apoyados por una comunidad internacional reacia a dejar que continuara el experimento. La oposición reconstituyó su capacidad de contestación, la crisis le agregó nuevas bases de apoyo, la muerte del presidente, la incapacidad de su sucesor y la caída en los ingresos estatales se volvieron su motor. El enfrentamiento continúa hasta hoy y no se ve una salida clara a una crisis cada vez de mayores proporciones y de un altísimo costo humano.

Las coaliciones dominantes

En cuanto a los componentes que configuraron las coaliciones dominantes encontramos una serie de actores que establecieron alianzas y enfrentamientos durante cada forma estatal.

Después de la Revolución Nacionalista de 1952 en Bolivia, hubo varias grandes etapas en la configuración de sus coaliciones dominantes caracterizadas por su inestabilidad, la primera el llamado cogobierno entre Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y la Confederación Obrera Boliviana (COB), las dictaduras militares a partir del gobierno del General René Barrientos en 1964, y finalmente el gobierno de la Unidad Democrática Popular (UDP) que agrupó a las fuerzas de izquierda, partidos políticos y sindicatos (Dunkerley, 2003; Mesa, 1993; Morales, 1993; Pinto, 2005).

Respecto a la coalición dominante en Venezuela a partir del inicio del Estado desarrollista-nacionalista, tenemos tres grandes etapas: el trienio adeco, en el cual sectores progresistas de la clase media se aliaron con sectores modernizadores del Ejército y trataron de

desmantelar los resabios del Estado oligárquico, apoyados por los restos del campesinado, sectores del proletariado y de la pequeña burguesía. Ante lo que consideraron la radicalización del proyecto, una nueva alianza, esta vez entre los sectores conservadores de la sociedad venezolana y los mismos sectores modernizadores del ejército, impondrían un régimen militar desarrollista, que desembocó en la dictadura de Pérez Jiménez (Gómez, 1993; López, 1986).

Finalmente, a partir de la firma del Pacto de Punto Fijo en 1958, se establecería la etapa más duradera, que hizo énfasis en el desarrollismo, pero también generó importantes acciones como la nacionalización del petróleo. Esta democracia pactista implicó una amplia alianza entre las élites dominantes, los partidos políticos de la clase media, la Iglesia, el Ejército y los trabajadores agrupados corporativamente, y se basó en el establecimiento de un sistema político bipartidista basado en AD Y COPEI, que excluyó tanto a las manifestaciones de izquierda como a las de extrema derecha, y en la redistribución de los recursos petroleros (Canelón y González, 1998; Gómez, 1993).

La nueva coalición dominante en Bolivia producida por el ascenso del neoliberalismo se configuró ante el fracaso de las élites anteriores. Tanto las fuerzas armadas como los partidos y organizaciones de izquierda nacionalistas, representados por la UDP y la Central Obrera Boliviana, quedaron desacreditados (Morales, 1993; Barrios, 1993). Los sindicatos, ante su creciente radicalización y negativa a llegar a cualquier tipo de acuerdo, perdieron el prestigio que les dio el combatir a las dictaduras militares. Es por ello que ascendió una nueva coalición dominante, conformada por la burguesía, lo que podríamos denominar la minería mediana y la agroindustria de oriente, y los partidos políticos tradicionales que dieron un giro, en ocasiones incomodo e inexplicable, hacia un centro político disfrazado de racionalidad técnica (Mayorga, 1994; Romero, 2012).

Mientras que la descomposición del Estado nacionalista desarrollista venezolano permitió una reconfiguración de AD y COPEI y el ascenso de una coalición conformada por la gran burguesía nacional, los grandes empresarios, particularmente de los sectores enfocados al exterior, en conjunto con el capital internacional y un grupo de tecnócratas y gerentes convencidos de las bondades del nuevo sistema (Moreno, 1996).

En Venezuela la lucha fue más encarnizada pues el Estado nacionalista desarrollista no sucumbió en una espectacular crisis de grandes proporciones como en Bolivia, sino que

sufrió un paulatino proceso de descomposición, por lo que hay un sector de la élite, respaldado mayoritariamente por la población, que pudo oponerse legítimamente a las reformas e incluso ganó las tres elecciones presidenciales con un discurso antineoliberal o, en el mejor de los casos, ambiguo. Sin embargo, tanto Carlos Andrés Pérez como Rafael Caldera se vieron obligados por las circunstancias, en particular la bajada de los precios del petróleo y la crisis de financiamiento estatal, a llevar a cabo las reformas, aun en oposición a sectores de sus propios partidos (Gómez, 1993; López, 2005).

Respecto a las coaliciones dominantes que respaldaron el ascenso del Estado progresista en Bolivia, tenemos la emergencia y el empoderamiento de nuevos actores dentro del sistema político, facilitado a nivel departamental por la Ley de Participación Popular de 1994 (Tapia, 2008; Gray, 2008; Rojas, 2009; Zuazo, 2012).

Ante el fracaso y la crisis del neoliberalismo estos actores ascendieron al poder, liderados por las organizaciones campesinas y de pueblos originarios, en medio de una gran efervescencia social; inclusive sostuvieron entre ellas un pulso para ver qué corriente controlaría el proceso. Finalmente los sindicatos campesinos-indígenas con centro en el Chapare lograron imponerse, de la mano de Evo Morales, en medio de una amplia alianza con otras organizaciones populares y movimientos sociales (Chávez y Costas, 2010), lo que llevó a un enfrentamiento con una de las bases sociales y territoriales del viejo régimen, los Comités Cívicos de Santa Cruz, y la denominada media luna del oriente boliviano (Viaña, 2011; Bustos, 2011), es decir la oposición política que fue producto de “la convergencia en las tierras bajas entre prefectos opositores, comités cívicos y grupos empresariales, exigiendo autonomía departamental” (Romero, 2012: 174).

En el caso de Venezuela la nueva forma estatal llevó al poder a una alianza entre un sector de izquierda del ejército, en un inicio configurado por miembros del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200, en particular su líder, Hugo Chávez, y sectores progresistas de la sociedad, con una base social de clase media y baja y personajes de renombre opuestos a las políticas neoliberales, que acompañaron a Chávez en su primer etapa (Ellner, 2014; López, 2005, 2016a, 2016b). Conforme el gobierno se fue radicalizando en sus postulados y sus políticas sus bases sociales fueron cambiando, dejando de lado a la clase media venezolana y fueron remplazados los por sectores populares.

A mediados del primer mandato de Chávez la nueva división ya era muy visible. De un lado se agruparon la clase alta, la burguesía venezolana y las clases medias sumadas a sus protestas, y del otro, el gobierno con una participación cada vez mayor de militares y auspiciado por las clases populares.

La construcción de coaliciones dominantes adquirió otro carácter en Venezuela. No hay élites regionales que claramente representen una oposición al centro. Los actores de las coaliciones también cambiaron, pero siempre dentro de la esfera institucional pues, a diferencia de Bolivia, ante la debilidad de centros autónomos de poder no encontramos actores fuera de ese ámbito. La mejor prueba de ello es que, a diferencia de Bolivia, donde la oposición surgió desde la sociedad civil, en el caso de Venezuela la oposición se desarrolló dentro de los partidos políticos o bien, en última instancia, en el ejército, como lo demostró el ascenso de Hugo Chávez (López, 1998; 2008).

Por lo tanto una diferencia muy importante en la trayectoria de ambos Estados es la consolidación de élites alternas a las dominantes. Mientras que en Bolivia la nueva coalición dominante surgida a partir de la caída del estado neoliberal proviene de la sociedad civil y tiene una base étnico-campesina, derivado de la trayectoria misma de la sociedad en su relación con el Estado, en Venezuela la elite de recambio proviene del Estado y del sector más organizado del mismo, los militares. Ellos se presentaron como una alternativa a las elites civiles muy desprestigiadas. En ambos países los militares han tenido un papel importante, pero mientras que en Bolivia las dictaduras desgastaron al ejército, en Venezuela la democracia desgastó a las elites civiles, por lo que las alternativas ya no vinieron de la sociedad civil desprestigiada en sus elites económicas y políticas o de las sumamente desorganizadas clases populares, sino desde la instancia estatal más confiable en ese momento, el Ejército.

Los centros de poder autónomos

La relación Estado-sociedad es muy diferente en ambos países. En Bolivia han existido a lo largo de su historia centros de poder autónomo de base territorial que el Estado no ha podido eliminar, aunque lo haya intentado. Esos centros han tenido diferentes formas, la más importante para la última gran transformación política fue la de organizaciones

campesinas-étnicas pero con anterioridad se centraron en los sindicatos mineros y en las comunidades indígenas.

Habría que remontarnos a las matrices socioeconómicas latinoamericanas (Ansaldi y Giordano, 2012a; 2012b) para tratar de explicar este fenómeno. En Bolivia la forma *comunidad* ha estado presente desde tiempos prehispánicos, a pesar de los intentos del Estado oligárquico de dismantlarla para apropiarse de sus tierras. Esta peculiar forma ha legado a sus herederos una poderosa tradición asociativa, materializada en sindicatos (Chávez y Costas, 2010; Pinto, 2005).

La denominada densidad organizativa de la sociedad boliviana (PNUD, 2007) no es gratuita, es el resultado de una trayectoria institucional particular y la existencia de cierto tipo de matriz previa, esa densidad organizativa se ha visto reflejada en las últimas décadas desde la comunidad campesina, pero con anterioridad se encontraba reflejada también en el sindicato obrero.

Del otro lado el Estado boliviano ha sido históricamente débil; su poder infraestructural es relativamente pequeño, su capacidad de penetración en la sociedad ha sido limitada. A ello ha contribuido precisamente la existencia de la tradición organizativa derivada de la comunidad. Aunque también ha influido, paradójicamente, en la creación de otros centros de poder autónomo, forjados por los opositores a las comunidades, los Comités Cívicos, que surgieron en una región donde la comunidad era débil y la presencia de indígenas había sido relegada a la marginalidad. Ambos, comunidades, en su forma sindical, y Comités han buscado influir en el Estado, incluso enfrentándose con él.

El Estado neoliberal trató precisamente, a través de la democracia pactada, de acabar con la influencia de estos centros, propiciando un mecanismo institucional para la representación y la participación: los partidos políticos. El impulso dado a esas organizaciones fue grande, en el intento de convertirlos en el único actor válido de canalización de intereses entre la sociedad y el Estado. Los sindicatos obreros, protagonistas durante el Estado nacionalista desarrollista, fueron dismantelados; las comunidades trataron de ser contenidas mediante diversas concesiones que no alteraban los designios gubernamentales. La relación con los Comités Cívicos fue diferente. Estos se encontraban conformados por las élites económicas regionales y simpatizaron con los gobiernos neoliberales con un contenido ideológico muy similar. Como resultado fueron tomados como un actor más, un grupo de interés con

capacidad de influir en los designios estatales, de preferencia a través de los partidos políticos, pero también actuando por cuenta propia.

El debilitamiento de la autoridad estatal en Bolivia, su incapacidad de aumentar su poder, y sus pretensiones de imponer sus decisiones contra los actores internos con base en las comunidades reorganizadas y reagrupadas después del trauma del periodo 1982-1985, aun cuando se encontraba validado por las instancias y organismos internacionales, llevó a la derrota estatal y el vacío de poder creado a continuación permitió el ascenso de una nueva élite que surgió de esas mismas comunidades.

El caso de Venezuela es muy diferente. La forma comunidad no se encuentra presente; fueron primero la plantación y luego la hacienda las matrices socioeconómicas dominantes (Carvallo y Ríos, 1985: 209, 228; Domínguez, 1985), a la par las posibilidades del campesinado venezolano como actor político relevante fueron desarticuladas muy pronto. Tampoco se observa la presencia de grandes centros de poder autónomos regionales; estos fueron desmantelados desde los tiempos de Gómez, que modernizó el Ejército y de paso destruyó a los caudillos regionales.

En Venezuela el clivaje étnico y territorial no se encontró presente. El Estado fuerte construyó a las regiones. Centralizó muy temprano el poder. Repartió discrecionalmente recursos provenientes de la renta petrolera. Controló, impulsó, construyó la nación, el territorio. Claro, eso no implicó la existencia solo de un amplio poder infraestructural, un Estado fuerte capaz de hacer cumplir su voluntad, las inercias sociales e históricas lo favorecieron. Los asentamientos alrededor de la costa, la importancia de esa región, de las ciudades, particularmente de la capital, la falta de retos reales a la construcción territorial hegemónica influyen. Pero también la ausencia de una comunidad indígena importante.

La constitución de la sociedad venezolana se encuentra muy influida por el Estado, no solo en cuanto a la creación del mercado interno, sino en cuanto a la manera como se canalizan los intereses y se representa a la sociedad, derivado a su vez de la importancia del petróleo y la creación de una nación petrolera.

Los partidos políticos muy pronto se convirtieron en los únicos canales válidos de intermediación, incluso otros posibles competidores fueron subordinados a ellos, como los sindicatos (López, 1981). Las regiones tampoco presentan retos frontales al poder político

central, la centralización de los ingresos y la concentración de la población en la región norte costera, junto con la importancia de la capital influyen en ello.

Mientras los empresarios se agruparon alrededor de organizaciones propias, pero formaron parte de los pactos e interacciones estatales, no se puede hablar de FEDECÁMARAS en el mismo sentido en que se habla del Comité Cívico Santa Cruz; ambas organizaciones representan intereses de las clases empresariales, pero mientras una es un grupo de presión acostumbrado a actuar en la órbita del Estado y a que sean tomadas en cuenta sus peticiones, sobre todo en materia económica, el otro tiene pretensiones claramente políticas, lo económico es solo una parte de su esfera de influencia, busca consolidar su dominio político sobre toda una región y se puede volver, con esa base territorial, un centro de poder autónomo del Estado.

La pronta conformación de los partidos políticos venezolanos como los únicos canales válidos de intermediación entre Estado y sociedad civil se mostró en la debilidad que tuvieron otros intentos de organización social, como los Comités Vecinales, pero sobre todo en momentos de disputa política. El caracazo fue el mejor ejemplo de ello; si bien puede ser interpretado de diferentes maneras, lo cierto es que no hubo grandes organizaciones de base que permitieran la canalización de la protesta social, sino que fue una protesta espontánea y desorganizada, que tomó la forma de una revuelta, y que pudo ser desarticulada fácilmente mediante el uso de los aparatos represivos del Estado (López, 2005).

A manera de conclusión, la importancia de la trayectoria Estado sociedad

La suma de estos factores explica en buena parte los resultados de los gobiernos posneoliberales, en particular las fracturas sociales y la manera en que fueron articulándose, toda vez que las disputas en Bolivia respecto a la descentralización, al territorio y a la nación, fueron atendidas mediante las autonomías y las reformas constitucionales pudieron ser zanjadas relativamente pronto, mientras que en Venezuela la fractura de clase no ha podido ser resuelta y solo ha servido para la radicalización de los oponentes.

A la par, mediante la configuración de las coaliciones dominantes y la forma en que surgieron, y la presencia de centros de poder autónomos que pueden impulsar el recambio de las elites, se puede también explicar la permanencia y afianzamiento de Morales,

mientras que la coalición detrás de Chávez fue centrada a su alrededor y su muerte la dejó muy endeble.

Finalmente hay que recalcar la importancia de las trayectorias a largo plazo que permiten explicar fenómenos que parecen meramente coyunturales.

Fuentes

Albó, Xavier (2009). “Larga memoria de lo étnico en Bolivia, con temporales oscilaciones”. En Crabtree, J. Gray Molina, G. y Whitehead L. (eds.). *Tensiones Irresueltas Bolivia, pasado y presente*. La Paz: PNUD/Plural.

Alcántara, Manuel (2016). “Los ciclos políticos en América Latina (1978-2015)”. *Sistema*, núm. 242-243, 5-22. Madrid.

Ansaldi, Waldo y Giordano, Verónica (2012a). *La construcción del orden: de la colonia a la disolución de la dominación oligárquica*. Buenos Aires: Ariel.

(2012b). *La construcción del orden: de las sociedades de masas a las sociedades en procesos de reestructuración*. Buenos Aires: Ariel.

Arce, Eduardo (2002). *Bolivia, el programa del MNR y la revolución nacional: del movimiento de reforma universitaria al ocaso del modelo neoliberal (1928-2002)*. Bolivia: Plural Editores.

Barragán, Rossana (2009a). “De hegemonías y Ejemonías: Una perspectiva histórica sobre los recursos del Estado”. En Crabtree, J. Gray Molina, G. y Whitehead L. (eds.). *Tensiones Irresueltas Bolivia, pasado y presente*. La Paz: PNUD/Plural.

(2009b). “Hegemonías y “Ejemonías”: las relaciones entre el Estado Central y las Regiones (Bolivia, 1825-1952).” *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 34 (mayo), 39-51. Ecuador.

Barrios, Raúl (1993). Militares, neoliberalismo y democracia. Crisis de la institución armada en Bolivia. En Miranda, Mario (comp.). *Bolivia en la hora de su modernización*. México: UNAM.

Bitar, Sergio y Troncoso, Eduardo (1982). Venezuela: hacia una nueva estrategia industrial. *Nueva Sociedad*, núm. 62, 113-125.

- Canelón, Fidel y González, Franklin (1998). “El modelo político puntofijista, desarrollo, agotamiento y perspectiva”. *Revista venezolana de análisis de coyuntura*, Vol. IV, núm. 1, 11-42, Caracas.
- Carvalho, Gastón y Ríos, Josefina Ríos (1985). *Economía cafetalera y clase dominante en Venezuela, 1830-1920*. En Florescano, Enrique (coord.). *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina 1700-1955*. México: Ed. Nueva Imagen.
- Chávez, M. y Costas, P. (2010). *Sociología de los Movimientos Sociales en Bolivia. Estructuras de movilización, repertorios culturales y acción política*. La Paz: Plural Editores/ AGRUCO/ NCCR-Norte Sur.
- Coronil, Fernando (2002). *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Venezuela: Nueva Sociedad.
- Domínguez, Raúl (1985). Un siglo de luchas políticas campesinas en Venezuela. En González, Pablo. *Historia política de los campesinos latinoamericanos*. Vol. 3. México: Siglo XXI.
- Dunkerley, James (2003). *Rebelión en las venas. La lucha política en Bolivia 1952-1982*. Bolivia: Plural editores
- Ellner, Steve (2009). Las reformas neoliberales y la crisis política venezolana, 1989-1999: antecedentes de llegada de Hugo Chávez al poder. En Ayala, Pablo y Quintero, Pablo (comps.). *Diez años de revolución en Venezuela. Historia, balance y perspectivas (1999-2009)*. Buenos Aires: Editorial Maipue.
- (2014). *El fenómeno Chávez: sus orígenes y su impacto (hasta 2013)*. República Bolivariana de Venezuela: Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg).
- Fornillo, Bruno (2010). “Pensar el antagonismo territorial en Bolivia: entre el estallido de la Asamblea Constituyente y el poder del voto rural”. *Nómadas. Revista crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, núm. 28.
- Garnica, Elizabeth (1988). El petróleo en Venezuela. *Revista Economía*, núm. 3, 21-41.
- Gray, George (2008). “Democracia y economía en Bolivia: 25 años de rezago”. En Vicepresidencia de la Republica (ed.). *Bolivia 25 años construyendo democracia. Visiones sobre el proceso democrático en Bolivia 1982-2007*. La Paz: Vicepresidencia de la Republica.

- Gutman, Graciela (1982). Estrategia transnacional en la agroindustria: estudio sobre Venezuela. En Gutman, Graciela y Mezger, Dorothea (ed.). *¿Nueva o vieja división internacional del trabajo? Industrialización en Venezuela y México*. Caracas: ILDIS/ CENDES/ Editorial Ateneo de Caracas.
- Kornblith, Miriam y Maingon, Thais (1985). *Estado y gasto público en Venezuela. 1936-1980*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca.
- López, Felicitas (1986). *El Perezjimenismo: génesis de las dictaduras desarrollistas*. México: UNAM.
- López, Margarita (1981). El estado venezolano y el movimiento sindical (1958-1980). Revista sobre relaciones industriales y laborales.
- (1998). "Venezuela ascenso y gobierno de Hugo Chávez y sus fuerzas bolivarianas". Controversia, núm. 190, 11-53, Bogotá D.C.
- (2005). *Del viernes negro al referendo revocatorio*. Venezuela: Alfadil Ediciones.
- (2008). "Venezuela: Hugo Chávez y el bolivarianismo". Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, vol. 14 núm. 3, 55-82, Caracas.
- (2016a). "La crisis del chavismo en la Venezuela actual". Estudios Latinoamericanos, núm. 38, 159-185.
- (2016b). *El ocaso del chavismo. Venezuela (2005-2015)*. Caracas: Editorial Alfa
- Mann, Michael (1997). *Las fuentes del poder social*. II. Madrid. Alianza Editorial.
- Mayorga, Réne A. (1994). "Gobernabilidad y reforma política. La experiencia de Bolivia". América Latina Hoy, núm. 8. 35-60. Salamanca.
- Melcher, Dorothea (1995). "La industrialización de Venezuela". Revista Economía, núm. 10, 57-90.
- Mesa, Carlos D. (1993). Una visión política de Bolivia en el siglo veinte. En Miranda, Mario (comp.). *Bolivia en la hora de su modernización*. México: UNAM.
- (2012). Bolivia: autonomías y pluralismo político. Un modelo condicionado por el horizonte indígena. En Zuazo, Moira. Faguet, Jean Paul y Bonifaz, Gustavo (ed.). *Descentralización y democratización en Bolivia. La historia del Estado débil, la sociedad rebelde y el anhelo de democracia*. La Paz: FES.
- Morales, Juan A. (1993). Política económica después de la transición a la democracia. En Pacheco, Mario (comp.). *Bolivia en la hora de su modernización*. México: UNAM.

- Moreno, Amado (1996). Neoliberalismo y conflictos sociales en Venezuela (1989-1993). En Figueroa, Carlos (comp.). *Violencia y miseria en el crepúsculo del siglo*. México: BUAP.
- Moreno, Octavio y Figueroa, Carlos (2014). “La alternativa nacional popular en América Latina”. Papeles de trabajo, núm. 28 (Diciembre), 120-143. Argentina.
- Pérez, Rogelio (1999). Réquiem para el fomento. Sobre la relación entre el Estado y negocios a través de la historia del Ministerio de Fomento. *Politeia*, núm. 23, 141-162. Venezuela.
- Petras, James (2013). “El capitalismo extractivo y las diferencias en el bando latinoamericano progresista”. En Petras, James; Lora, Jorge. *Extractivismo y simulacro progresista en Bolivia y Latinoamérica* (9-22). México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélez Pliego”.
- Pinto, María T. (2005). “Las élites y el pueblo, sus alianzas y sus divisiones. Estudio comparativo de las coaliciones democráticas en Bolivia (1952 y 1985)”. *Análisis político*, núm. 54 (mayo-agosto), 88-100. Bogotá.
- Plata, Wilfredo (2008). El discurso autonomista de las élites de Santa Cruz. En Soruco, Ximena (coord). *Los Barones del Oriente. El poder de Santa Cruz ayer y hoy*. Bolivia: Fundación TIERRA.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2015). *Informe nacional sobre Desarrollo Humano, 2007. El nuevo rostro de Bolivia. Transformación social y metropolización*. La Paz: PNDU.
- (2007). *Informe nacional sobre Desarrollo Humano, 2007. El estado del Estado en Bolivia*. La Paz: PNDU.
- (2004). *Informe de Desarrollo Humano en Santa Cruz 2004*. La Paz: PNUD
- Ríos, Josefina y Gastón, Carvallo (1990). *Análisis Histórico de la organización del espacio en Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.
- Rivera, Silvia (2010). *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado Aymara y Qhechwa 1900-1980*. La Paz: La mirada salvaje.

- Roca, José L. (2009). Regionalismo, fenómeno omnipresente en Bolivia. En Crabtree, J. Gray Molina, G. y Whitehead L. (eds.). *Tensiones Irresueltas Bolivia, pasado y presente*. La Paz: PNUD/Plural.
- Rojas, César (2015). *Conflictividad en Bolivia (2000-2014). ¿Cómo revertir la normalización de la presión social?* La Paz: FES.
- Rojas, Gonzalo (2009). *Cultura Política de las élites en Bolivia (1985-2002)*. La Paz: FES /CIPCA.
- Romero, Salvador (2012). “El sistema de partidos en Bolivia 1952-2012”. En Zuazo, Moira. Faguet, Jean Paul y Bonifaz, Gustavo (ed.). *Descentralización y democratización en Bolivia. La historia del Estado débil, la sociedad rebelde y el anhelo de democracia*. La Paz: FES.
- Ruiz, Miguel (2012). *Crisis estatal y lucha de clases en la Venezuela contemporánea*. Ecuador: Corporación Editora Nacional.
- Sader, Emir (2009). *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*. Argentina: Siglo XXI editores.
- Sonntag, Heinz (1982). Estado e industrialización en Venezuela. En Gutman, Graciela y Mezger, Dorothea (ed.). *¿Nueva o vieja división internacional del trabajo? Industrialización en Venezuela y México*. Caracas: ILDIS/ CENDES/ Editorial Ateneo de Caracas.
- Soruco, Ximena (2008). “De la goma a la soya: el proyecto histórico de la elite cruceña”. En Soruco, Ximena (coord). *Los Barones del Oriente. El poder de Santa Cruz ayer y hoy*. Bolivia: Fundación TIERRA.
- Zuazo, Moira (2012). “Introducción”. En Zuazo, Moira. Faguet, Jean Paul y Bonifaz, Gustavo (ed.). *Descentralización y democratización en Bolivia. La historia del Estado débil, la sociedad rebelde y el anhelo de democracia*. La Paz: FES.